

Revista

de

Ciencias Económicas

Publicación mensual del Centro Estudiantes de Ciencias Económicas

Director:

Luciano Carrouché

Administrador:

Miguel G. Di Cío

Secretario de Redacción:

Italo Luis Grassi

Redactores:

**Mario V. Ponisio - Mauricio E. Greffier - Agustín A. Forné
Jacobó Waisman - Dívico A. A. Fűrnkorn - Luis Marforio**

Año III

Noviembre de 1915

Núm. 29



DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

1835 - CALLE CHARCAS - 1835

BUENOS AIRES

Un criterio americano para encarar los fenómenos económicos

III

LA "UTILIDAD SOCIAL"

(Continuación)

Un grave problema que no tardará en presentarse en toda América, es el del proteccionismo y el libre cambio. Rudimentaria aun nuestra organización económica — excepción hecha, en este punto también, de los Estados Unidos — inactiva la mayor parte de la riqueza potencial, mal utilizada la que ha sido puesta en acción, hemos comenzado, sin embargo, a levantar las primeras barreras que elevándose y aumentándose, amenazan reducir o perturbar todas las vías de intercambio internacional. Industrias considerables empiezan a desarrollarse en ambiente artificial, se crean intereses, se orientan en determinado sentido fuerzas económicas aun indecisas, se falsea el espíritu popular deslumbrándolo con la visión de una grandeza ficticia, mientras se le extraen sus energías; se encarece su vida.

El debate entre proteccionistas y librecambistas ha quedado planteado en sus términos iniciales: unos y otros conservan sus posiciones, su punto de vista; pero ni unos ni otros llegan a convencer a sus adversarios. El problema parece irresoluble, y lo es, en efecto, en razón de la relatividad de las leyes económicas sostenidas por ambos bandos y la misma lógica con que discuten. Aunque "verdaderos" los argumentos alegados, su verdad es sólo relativa a las condiciones de determinadas colectividades consideradas desde cierto punto de vista. Ni unos ni otros "encierran" la realidad, sino que la interpretan con leyes elaboradas en la forma que definimos en el capítulo I: estableciendo una relación entre algunos hechos de la vida económica que ellos consideran predominantes; prescindiendo, deliberadamente o por autosugestión, de numerosos otros hechos que desmienten sus deducciones; no

tomando en cuenta, como es natural, el número infinito de hechos que ignoramos, que no podemos o no logramos percibir, y que, a nuestro alrededor, forman las corrientes múltiples y complejas de la vida. Recordemos la representación gráfica de la colectividad que intentamos: un plano cubierto por una infinidad de líneas (relaciones) que se entrecruzan en todo sentido, se unen, se combinan, se superponen, se neutralizan, reuniendo puntos (hechos). La teoría del libre cambio o la del proteccionismo son esquemas formados por líneas que siguen una muy pequeña parte de las líneas del plano. Pues bien, a pesar de que los planos representativos de la vida de todas las colectividades tengan un gran parecido entre sí, en unos son más intensos y numerosos que en otros, los puntos y las líneas de cierto orden o situados en cierta parte del plano. Decimos "de cierto orden" porque esos puntos y líneas que son esencialmente iguales desde el punto de vista del determinismo, es decir cuando los consideramos tan sólo como "hechos" e "influencias", como "causas", tienen los más distintos aspectos exteriores, pudiendo ser igualmente una transacción comercial, la fabricación de un artículo, la roturación de un campo, la siega de un triguero, el transporte de una carga, una invasión de langosta, el sacrificio de una res para consumo, el consumo de un trozo de carne, la inhabilitación de un obrero, el establecimiento de una línea ferroviaria, el riego de un terreno, un impuesto fiscal, un nuevo sistema de cultivo; toda la vida, infinita y multiforme, hechos sin número, cada uno de los cuales sólo es en abstracto una causa pesando "tanto" y obrando en "tal" dirección. La teoría de libre cambio o la del proteccionismo, interpretaciones arbitrarias, incompletas, esquemáticas, tendrán mayor exactitud relativa una u otra según la colectividad a la que se las quiera aplicar; es decir, que los hechos y relaciones de los que fueron deducidas, a cuya representación gráfica en puntos y líneas corresponden, tendrán en tal sociedad una intensidad que no alcanzarán en otra.

Señalada la relatividad de ambas doctrinas, no hemos de reanudar ahora el viejo debate, cosa que no entra en el plan de este estudio y que nos obligaría a darle una extensión exagerada. Limitémosnos a hacer notar que intervienen, en favor del libre cambio, razones esenciales que sólo pueden ser contrarrestadas por la acumulación de numerosos motivos opuestos. Los librecambistas defienden la causa de la libertad humana y amparan la espontaneidad vital. Desde el punto de

vista social o exclusivamente económico, desde el punto de vista ético material, discútase con ideas abstractas o con intereses, estas dos razones tienen tanto peso como varios volúmenes de dialéctica en contrario.

Creemos, pues, que la cuestión es irresoluble en términos absolutos. Pero, para América, teniendo en cuenta las inmensas reservas de riqueza potencial existentes y las dos razones esenciales que acabamos de enunciar, y apreciando los hechos desde el punto de vista de la "utilidad social", nos pronunciamos sin hesitación por el libre cambio. La primera objeción que se levanta es el ejemplo de los Estados Unidos, cuya política económica es acentuadamente proteccionista y cuyo prodigioso desarrollo industrial se atribuye al resultado de ese proteccionismo. Oigamos lo que nos dice al respecto Pierre Leroy Beaulieu:

"Sea cual sea la opinión que, en teoría, se tenga acerca del proteccionismo y el libre cambio, no son los Estados Unidos el país que debe citarse como ejemplo de bondades del primero. Confiesan los mismos americanos que es el libre cambio en el interior más que el proteccionismo contra el exterior, la causa de los progresos de su industria. Las consecuencias del proteccionismo no son las mismas en la gran república del nuevo mundo que en los Estados, relativamente pequeños, del viejo mundo. Con su numerosa población, que aumenta tan rápidamente y consume tanto, con la inmensa extensión de su territorio en el que se encuentran los recursos naturales y los climas más diversos, los Estados Unidos pueden extraer casi todo de su propio país, acomodándose a la vez a la regla, enseñada por la economía política, de que la extensión del mercado y la división del trabajo reducen el costo de la producción" (1). Es de notar que, en Europa misma, sería conveniente este argumento para explicar la colosal prosperidad alemana bajo el régimen proteccionista, en la que se ve a veces una "ultima ratio" para resolver la controversia, olvidándose que el ejemplo de la prosperidad inglesa no tiene menos fuerza probatoria en sentido contrario.

En tierra cislántica — y para los países que no tienen como los Estados Unidos todos los órdenes de actividad económica arraigados y desarrollados en su territorio, no pueden ser productores y consumidores a la vez y constituir, si

(1) Pierre Leroy Beaulieu. "Les Etats Unis au XXe. Siècle" (Prefacio).

lo desean, un pequeño mundo económico aparte sin dejar de progresar por ello, cuyos diversos géneros de actividad no están bastante equilibrados para completarse naturalmente, que necesitan del intercambio con el extranjero para poder progresar y poder vivir — apreciando el problema con el criterio de interpretación que hemos definido, lo planteamos en los siguientes términos: siendo mayores las posibilidades naturales o sociales (1) que las energías y aptitudes humanas disponibles, estas deben emplearse únicamente en aquellas posibilidades cuya transformación en riqueza activa beneficie las individualidades que a ello se dediquen y, al mismo tiempo, al conjunto de la colectividad; una industria protegida, cuyo producto debe pagarse más caro que el precio al que se obtendría el similar extranjero, que, de hecho, hace pesar sobre la población un impuesto indirecto, (2) perjudica doblemente al país, por este gravamen y por distraer fuerzas económicas necesarias para poner en actividad las reservas de riqueza potencial.

No condenamos las manufacturas nacionales.

El desarrollo fabril es necesario a estos países para proseguir su evolución económica: productores de materias primas, estarán en el porvenir en inmejorables condiciones para operar su transformación en productos manufacturados. Pero es esa misma perspectiva la que nos obliga a arraigar las nacientes industrias en terreno sólido, a no crearles un ambiente ficticio en el que sólo adquirirían un desarrollo, aunque muy rápido, acaso galopante, supeditado a las medidas arbitrarias que le hubieran dado origen. Únicamente por la tensión constante para mantener su vitalidad, podrán nuestras industrias alcanzar una estabilidad que no sea precaria,

(1) Posibilidades naturales: tierra, bosques, minas, etc. improductivos. Posibilidades sociales: ferrocarriles, líneas de navegación, manufacturas, etc. que puedan establecerse.

(2) Creemos que se aclararían notablemente las ideas de las masas si la cuestión del proteccionismo se les presentara en esta forma accesible: sin barreras aduaneras podríamos adquirir azúcar extranjera a 25 centavos; el impuesto prohibitivo nos obliga a comprar azúcar nacional, de calidad a lo sumo equivalente, a 40 centavos: cada vez que pagamos 40 centavos por un kilo de azúcar, pagamos 25 centavos por su valor efectivo y un suplemento de 15 centavos que no va a manos del fisco, sino de una entidad comercial particular, vale decir, que esa empresa industrial nos grava con un impuesto de 15 centavos (25 y 40 centavos no son cifras exactas).

que dependa únicamente de sus propios recursos. Suprimir la necesidad de esa tensión sería herirlas de muerte para el porvenir, aunque beneficiándolas en el presente a expensas de todo el organismo económico. Si la situación geográfica de la América latina, su producción de materias primas y sus condiciones sociales no permitieran el desarrollo libre y normal de industrias fabriles, debería abandonarse el plan de fomentirlas por medidas arbitrarias. Pero, no existiendo tal imposibilidad, es doblemente absurdo, contrario al más elemental buen sentido, adoptar una política proteccionista. En el orden económico como en el orden social, no se pueden falsear a capricho las corrientes de vida naturales: encauzarlas, obteniendo de ellas un máximo de rendimiento útil, sí; detenerlas o hacerlas remontar su curso, no.

Parecería que en este punto, nos hubiéramos separado de la norma fijada en un principio: no plantear los problemas económicos como oposición de intereses. Podría decirse que oponemos los intereses particulares de la industria fabril a los generales de la sociedad. No hay tal cosa, pues no serían intereses legítimos aquellos que se crearían por medios artificiales. Una vez existentes tienen, sin duda, el derecho de ser respetados, de no ser aniquilados; no el de ser fomentados. Las individualidades tienen amplio campo para desarrollar su esfuerzo; no están encerradas en los límites de su actividad actual, como es el caso en países saturados de energía humana y de capitales. Si la industria a que se dedican no puede suprimirse o transformarse bruscamente, puesto que se produciría, para ellos y de rechazo para todo el organismo económico, un perjuicio considerable, en cambio, es factible propender por medidas prudentes a su evolución hacia una situación normal, o a su progresiva extinción. Es decir, que oponemos el interés general al interés artificial de las industrias que no pueden subsistir por sus propios medios; no al interés legítimo y natural de los actuales industriales, a quienes se ofrecen oportunidades de desarrollar normalmente su actividad.

No creemos que se extinguirían las manufacturas actuales porque se normalizaran sus condiciones de existencia y se orientaran firmemente estos países hacia la libertad económica. Con materias primas a su alcance, la posibilidad de suplir el carbón ausente con la "hulla blanca" o el petróleo, y pudiendo dominar fácilmente los propios mercados, aislados geográficamente de la competencia europea (que debe so-

portar gastos de transporte y tiene que luchar con dificultades para operar a distancia, a menos de valerse de intermediarios cuya intervención encarece el producto) nuestra industria fabril es estimulada por condiciones naturales que no se pueden malograr si son explotadas por individualidades dotadas de suficiente energía y aptitud comercial e industrial, capaces de contar sobre su propio esfuerzo, no sobre el auxilio del estado.

En todo caso, este problema del desarrollo fabril menos que ningún otro debe considerarse en América desde el punto de vista de los intereses individuales actuales. Las disposiciones que ahora se toman, poco importantes por sus consecuencias inmediatas, van formando la estructura de la sociedad futura; son condiciones que se crean, causas que una vez constituidas, sólo podrán ser contrarrestadas por las generaciones siguientes al precio de grandes esfuerzos, acaso de verdaderos sacrificios. Aun informes, plásticos, estos organismos económicos pueden adquirir una conformación no perfecta, por cierto, pero de una perfección relativa a los conocimientos puestos a nuestro alcance por las ciencias económico sociales. Basta para ello, que los estudiemos metódicamente y no dictemos leyes o iniciemos orientaciones sin pesar todas sus consecuencias futuras. Dadas las condiciones actuales del Continente, nos es tan imposible en el sur como en el norte, no obrar trascendentalmente. Dejarnos vivir, o legislar únicamente para el presente, como "podría" hacerse en naciones que han alcanzado su plenitud vital, cuya actividad económica y social puede conservar un ritmo uniforme — y sabemos que la generalidad de los pueblos europeos, aunque "podrían" seguir esta rutina, no lo hacen — equivaldría, para nosotros americanos, a hacer o dejar de hacer cosas insignificantes hoy y de inmensa importancia para el porvenir.

La insuficiencia del factor humano sigue siendo uno de los graves problemas de estas regiones, aunque no tan apremiante como lo era 20 o 30 años atrás. Iniciada la corriente inmigratoria y el desarrollo económico, completándose uno y otro hecho, influyéndose mutuamente por constante acción y reacción, determinaron una situación que parecía asegurar la continuidad de la afluencia europea a nuestras costas. Con rapidez se ha ido poblando la tierra americana. Pero la densidad de su población, excepción hecha de los Estados Unidos, es aun ínfima. Y la corriente, que se creía asegurada ha

sido interrumpida, para muchos años tal vez, por la guerra europea. Por otra parte, sólo una escasa minoría de las multitudes que pasaron por nuestros puertos ha dado un rendimiento normal de actividad en relación a las condiciones del medio. La población nativa se halla en el mismo caso. Aparecen entre nosotros los graves problemas originados por la congestión urbana; tenemos, en las regiones no incorporadas hasta ahora al movimiento de desarrollo económico, considerables masas de población cuyas costumbres, grado de instrucción y nivel económico han permanecido estacionarios desde la época colonial.

Considerada desde el punto de vista de la "utilidad social", la situación es ésta: faltan pobladores y no podemos ya contar con la emigración europea. Pero la población actual, inmigrada o nativa, produce una suma de actividad muy inferior a su potencialidad. Carecemos, pues, de hombres que "obren" antes que de hombres que "puedan obrar". Necesitamos brazos en actividad y tenemos brazos inactivos. Por una parte la riqueza potencial natural o social; por otra, la riqueza potencial humana, no aquella que debe llegar de ultramar, sino la que ya existe aquí y que si no entrara en actividad, podría transformarse dentro de pocos años en factor de perturbación, peso muerto adherido a la colectividad. Definido así el problema, está ya indicada implícitamente su solución: uno y otro término se complementan; es en nuestras ciudades antes que en el exterior que debemos buscar pobladores para nuestras tierras incultas.

Carecen nuestros pueblos de aquellas cualidades de iniciativa individual, energía y coraje necesarios para afrontar la lucha por la vida fuera del medio habitual, para mirar la naturaleza frente a frente y exponerse a las posibilidades favorables o desfavorables sin sentir el apoyo directo de toda la sociedad, que constituyen la fuerza de los pueblos anglosajones. Por ello será siempre difícil, en tierra latina, determinar a los individuos a abandonar su ambiente habitual para situarse en un medio nuevo, en el que sean mucho mayores las posibilidades aunque algo menores las seguridades. Sin embargo, llegados ciertos núcleos urbanos a su límite de saturación y hallándose en ellos millares de hombres que atravesaron el océano con la perspectiva de un porvenir más próspero que el que pueden hallar en nuestras ciudades, hombres que acaso tengan un temperamento más emprendedor y enérgico que el término medio de la población, es probable que

se obtendrían resultados satisfactorios poniendo a su alcance tierras que pudieran colonizar fácilmente e influyendo sobre su ánimo por una propaganda hábil. Carteles con demostraciones de lógica accesible a cualquier mente, cuadros, planos, fotografías, informes completos sobre la calidad de la tierra ofrecida, sus condiciones de venta o arrendamiento, podrían difundirse en lugares públicos, principalmente en aquellos frecuentados por los obreros: estaciones, fondas, agencias de colocaciones, etc. (1). Sería infinitamente más fácil impresionar la imaginación de las individualidades en una población que se conoce, donde pueden seguirse paso a paso los resultados de la propaganda que lo que es obrar sobre el ánimo de pueblos extranjeros, cuya mentalidad no conocemos, por intermedio de agentes de problemática laboriosidad y pericia; muchos esfuerzos de los estados americanos para atraer la inmi-

(1) Si se quiere estudiar el punto sin espíritu rutinario se hallarían numerosos medios de suma eficacia para una propaganda de este género. Recordamos todos el interés que despertaban entre los concurrentes a las exposiciones en nuestra capital, en 1910, varios "chalets" desmontables para campo que se exhibían enteramente amueblados y en estado de ser habitados. Algo semejante podría intentarse para impresionar la imaginación de la población obrera, de cuantos ganan difícilmente su vida y serían, probablemente buenos colonos. En dos o tres terrenos baldíos elegidos en distintos puntos de la ciudad se levantaría una habitación rural, semejante a las que se ofrecerían a los colonos, amueblada, rodeada por el corral, la vaca lechera, acaso el caballo y cuanto fuera necesario para completar el cuadro, sugiriendo la impresión de la vida en el campo. Estas demostraciones tangibles darían resultados que no sería posible obtener con carteles gráficos o descripciones impresas; tendrían, además, la ventaja de producir una impresión duradera en todos aquellos que visitaran los modelos de habitaciones sin tener la intención de alejarse momentáneamente de la ciudad. Serían a la vez un medio de obtener colonos y un medio poderoso de difusión de ideas entre toda la población urbana. Habría modo de combinarlos con pequeñas exhibiciones parciales de productos cuyos muestrarios están expuestos en el museo de agricultura y en el "hall" del ministerio donde llenan imperfectamente su objeto para la generalidad del público porque tienen el carácter de datos catalogados, de cosas de museo y no de cosas de campo. Además, sería factible completar ambas exhibiciones con pequeñas conferencias populares. Es una idea que enunciamos al correr de la pluma sin haberla "trabajado". Creemos que estudiándola en todos sus aspectos se le descubrirían muchas proyecciones y se hallaría el modo de llevarla a la práctica sin grandes sacrificios pecuniarios.

gración europea que permanecen estériles, darían probablemente resultados en nuestro mismo Continente. El obrero o jornalero de nuestras ciudades, sin ilusionarse con la misma facilidad que quien no conoce o conoce sólo por referencias estas regiones, "comprendería" mejor; los datos tendrían para él un sentido preciso, serían hechos concretos. No estaría expuesto a grandes decepciones; podría apreciar serenamente las ventajas que se le ofrecieran. Elegiría entre el salario, relativamente seguro, la labor más o menos mecánica sin ningún aliciente en sí, sin perspectivas de mejoramiento, bajo la dependencia de voluntades extrañas y el trabajo de la tierra, más rudo pero libre, con la propiedad inmediata o futura, perspectivas de prosperidad, horizontes sin otra limitación que sus aptitudes individuales. Estando concebido en forma práctica el plan de colonización, ofreciéndose ventajas positivas al presunto poblador, suministrándosele los medios necesarios para lanzarse con confianza en su nueva vida, dándosele la seguridad de que serán guiados sus primeros pasos, está fuera de duda que muchos de los proletarios para quienes se plantearía el dilema: la ciudad o la tierra, optarían por ésta. No se necesita tanto espíritu de iniciativa y fuerza de voluntad para trasladarse de una capital americana al centro del país como para atravesar el Atlántico. Por otra parte, mientras de Europa suelen llegar todos los que se dejan convencer, acaso ilusionar, por la propaganda oficial o por informes de relativa exactitud, en nuestras ciudades las autoridades podrían seleccionar los colonos. Agreguemos que, en esta forma, se poblaría la tierra con hombres conociendo ya el idioma, asimilados al temperamento nacional o familiarizados con él, que se desenvolverían en su nueva situación con mayor seguridad y mejores resultados que el inmigrante transatlántico. Un plan de colonización basado en esta idea ofrecería, pues, un grado máximo de seguridad: seguridad para el colono, que sabría exactamente donde va; seguridad para las autoridades que, habiéndolo elegido, podrían seguir su marcha, orientándolo de acuerdo con una organización general de la producción agrícola. Se reduciría al mínimo posible la pérdida de energía necesaria para poner en movimiento cualquier organismo; podría operarse con precisión científica.

Iniciar un gran movimiento de la urbe hacia el campo, la "vuelta a la tierra"; descongestionar las ciudades poblando los terrenos incultos; abrir horizontes a las aptitudes humanas inactivas; emplear la naturaleza, la vida libre como pre-

ventivo de la cuestión social, de las crisis obreras; poner en actividad vidas estancadas, sería posible mediante una acción hábil y metódica.

La supresión de los factores improductivos que gravitan sobre el organismo económico y entorpecen su funcionamiento; la utilización integral de las diversas partes de ese organismo; el libre cambio o el proteccionismo; la población de la tierra: no hemos querido resolver estos problemas, sino señalar su conexión con el criterio que enunciamos, demostrar la posibilidad de reducirlos a una idea única; y ello, a la vez, para poner de relieve las proyecciones de esa idea en toda la vida económico social. No son sólo estas las cuestiones que resuelve; pero reconocemos que no las resuelve todas. Es muy difícil, por ejemplo, evitar de plantear los conflictos entre el capital y el trabajo como oposición de intereses, y resolverlos únicamente desde el punto de vista de la "utilidad social". Difícil; no imposible. En primer lugar, la inmensa mayoría de esos conflictos se evitaría por el acrecimiento de bienestar obtenido por la solución de los cuatro puntos que enunciamos: abaratamiento de la vida por la supresión de intermediarios y la reducción de los gravámenes aduaneros excesivos; mejoramiento de los salarios resultante de la descongestión de las ciudades que evitaría una oferta de trabajo mayor que la demanda; aumento de los beneficios del capital por la utilización integral de los instrumentos y organismos económicos. En cuanto a los conflictos que aun se presentaran entre el capital y el trabajo, podríamos plantearlos en estos términos: Por encima de los intereses de patrones y obreros están los intereses generales de la colectividad, para la cual unos y otros no son entidades antagónicas, sino colaboradores que deben repartirse el producto de la industria. La cuestión se reduce, entonces, a determinar un coeficiente que permita valorar la parte de cada cual en la labor común. Sin embargo, esto nos llevaría a sutilizar y complicar una idea que hemos querido presentar accesible, precisa e intergiversable. Digamos, pues, que una vez aceptada, puede servir para aclarar cualquier problema, siempre que no se la complique dialécticamente, para demostrar que lleva involucrada tal o cual solución. Es un criterio; no un dogma.

ERNESTO J. J. BOTT.

(Continuará).